

PIPO EN EL VALLE DE PALMAS

Hace mucho tiempo, existió entre las verdes montañas de Colombia un magnífico valle de palmas de cera. Era un lugar soleado y acogedor que albergaba a cientos de aves. Entre ellas se encontraba Pipo, un loro orejiamarillo que vivía en las palmas de cera con su familia.

Eran una gran bandada de loros que, como Pipo, encontraban refugio y comida en las enormes palmas y los arbustos circundantes. Siempre iban de un lado al otro, cruzando el cielo azul en grandes grupos y gozando de la libertad de vivir entre los bosques sin ser molestados.

Todos los días, Pipo y su familia se levantaban muy temprano, antes del amanecer. Buscaban su comida en los árboles y algunos de ellos se encargaban de los nidos y de los polluelos recién nacidos que requerían de cuidados especiales. Tenían todo lo que necesitaban; frutos de las palmas de cera, espacio para sus nidos y agua suficiente para todos.

Sin embargo Pipo era joven y a veces sentía ganas de explorar otros lugares, conocer cosas nuevas y volar cada vez más lejos de su nido...No es que no fuera feliz con su vida, pero algunas veces, cuando salía a dar largos paseos, por las tardes, lejos de casa, veía un paisaje notablemente diferente al que conocía. Sentía curiosidad al ver a los hombres y las costumbres que estos tenían. Contemplaba a los niños por largo rato mientras estos jugaban en el campo, afuera de pequeñas casas con coloridas tejas y balcones llenos de flores, completamente asombrado de lo distinta que es la vida de los humanos a la de las aves.

Un día cuando volvió del poblado humano, encontró un pequeño grupo de personas con cascos de color amarillo, como su plumaje, que usaban gruesos chalecos y hablaban en voz baja al pie de una de las palmas. Pipo se sentía confundido por esta peculiar situación. ¿Qué estaban haciendo esos extraños en su hogar? Jamás había visto a los humanos tan cerca del vale de palmas. Supuso que se habían extraviado y que solamente estaban buscando la manera

de salir del bosque, así que no le dio mucha importancia y regresó a su guarida.

A la mañana siguiente, Pipo continuó con su rutina diaria, y se sintió aliviado al ver que los hombres del día anterior habían desaparecido. Después de tomar un baño en un charco cristalino para eliminar los parásitos en sus plumas, fue a buscar algunas frutas en las palmas más altas.

Pero, mientras sacaba la pulpa de uno de los anaranjados frutos para comerla, miró hacia abajo con sorpresa: vio nuevamente al grupo de hombres de la tarde anterior. Su preocupación regresó. Definitivamente no estaban extraviados; deseaban obtener algo de su bosque y estaban planeando como hacerlo. Pipo no tenía idea de que los hombres pueden llegar a ser malos y crueles, y que cuando quieren algo, pasan sobre los demás para conseguirlo.

Esa tarde Pipo habló con sus amigos. Él los consideraba su familia y se preocupaba por ellos. Por eso decidió advertirles de la amenaza que se cernía sobre ellos.

— ¡Si no hacemos algo pronto, ellos tumbarán nuestros árboles y nuestros polluelos van a morir! —exclamó Pipo.

—Sí, lo sabemos. —respondieron algunos. —Por eso estamos haciendo un plan para abandonar nuestro hogar.

— ¡¿Un nuevo hogar?! — preguntó Pipo con un tono de sorpresa debido a la inesperada respuesta.

—Sí. No hay nada más que podamos hacer. —le dijeron. —Hay que ponerse a salvo.

Al amanecer, Pipo salió a dar otro paseo por su querido valle. El sabía que mudarse era la opción más segura para todos, pero no se sentía listo para irse. Ese era su hogar y lo había sido durante toda su vida. Ahí creció rodeado de

todas las otras aves con las cuales había compartido hermosas experiencias a lo largo de los meses. Se sentía tan afligido por la idea de abandonar aquel sitio que decidió sobrevolar los alrededores otro par de veces para despejar su mente.

Cuando volvió hacia el valle, notó un extraño olor a aceite de motor. Alarmado, voló lo más rápido que pudo hacia las palmas. Buscó en los nidos, pero no encontró a nadie. Solo vio troncos de árboles apilados alrededor y muchos hombres con cascos, algunos con sierras y otros manejando enormes maquinas que hacían un ruido infernal. En ese momento, sólo pudo pensar en revisar los árboles que quedaban para ver si alguno de sus compañeros no había podido salir y necesitaba ayuda. Empezó a volar como loco por todas partes, inspeccionando cada rama y cada hoja, hasta que sintió algo parecido al latigazo de una rama que lo golpeaba en el costado. Cayó al suelo en medio del alboroto y quedó inconsciente.

Cuando Pipo despertó, muchas horas después del incidente, empezó a mirar a su alrededor. Se sentía adolorido y aún algo atolondrado debido al golpe, pero por suerte no tenía nada roto. Pronto, se dio cuenta de que estaba en una pequeña jaula de metal, colgada al pie de una ventana.

De repente, entró en pánico, ya que los loros son animales muy sensibles al encierro y a la soledad. Empezó a picotear frenéticamente los barrotes de metal y luego intentó forzarlos con sus patas. Sin resultado. Escuchó voces cercanas y se quedó muy quieto, intentando poner atención a lo que decían.

Después de un rato, empezó a sentirse cada vez más angustiado. Había escuchado a dos hombres hablando del dinero que ganarían cuando lo vendieran a una tienda de mascotas la semana siguiente. Pipo había estado tan acostumbrado a la libertad, que simplemente no podía imaginarse viviendo en una jaula diminuta, viendo a la gente pasar mientras su vida se iba acabando.

El solo pensamiento de permanecer ahí le espantaba, así que empezó a maquinar un plan para escapar de los hombres.

Pipo comenzó a estudiar su rutina, después de dos días, se dio cuenta de que el mayor de los hombres llegaba a las nueve de la mañana para limpiar su jaula, y el otro llegaba a las cinco de la tarde para rellenar los comederos. Se fijó en que a veces, el hombre que venía por la mañana dejaba la jaula sin seguro mientras buscaba los periódicos que iba a colocar adentro de ésta. A pesar de que era cuestión de suerte (ya que a veces traía los periódicos primero y abría la jaula después), Pipo se dio cuenta de que esa era su mejor oportunidad si quería huir. Se durmió pensando en cómo iba a escapar de ese lugar pronto.

A las nueve de la mañana siguiente, tal como estaba previsto, llegó el hombre que limpiaba la jaula. Pipo estaba aterrado de que su plan no funcionara, pero intentó disimular los nervios manteniendo una actitud de calma. El pobre loro rezaba por que el hombre sacara el candado de la jaula antes de ir por el periódico. Y así sucedió.

Mientras el hombre buscaba los periódicos en un pequeño cobertizo, Pipo salió como un rayo por la ventana opuesta. Empezó a volar sin mirar hacia atrás, alejándose lo más rápido posible de aquel lugar. No habría soportado otro minuto de encierro, pensaba. Cuando al fin estuvo lo suficientemente lejos para sentirse seguro, paró a descansar en un árbol para pensar en el siguiente paso.

Cuando se sintió con suficientes energías para seguir su camino, Pipo comenzó la búsqueda de sus amigos. Atravesó decenas de lugares, bosques, selvas y prados. Como no encontraba a nadie, decidió preguntar a otros animales que vio en el camino si ellos conocían otros valles de palmas. Y

cuando pensó que todo estaba perdido, escuchó unos chillidos de aves a lo lejos.

Pipo voló rápidamente hacia el sonido y con gran sorpresa encontró a toda su familia, establecida ya en un nuevo valle. Lo recibieron con exclamaciones y alegres chillidos.

Después de que Pipo narró su aventura, ellos le contaron lo que había pasado en su ausencia. Le explicaron que cada vez llegaban más humanos al bosque. Los loros sentían mucho miedo entonces, pero tuvieron el coraje de abandonar el valle para buscar un nuevo hogar. El único integrante del grupo que faltaba cuando partieron era Pipo. Muchos de los pájaros habían salido a buscar a su amigo, pero no había ni rastro de él. ¡Pero por fin había llegado! Al final se sentían felices de que estuviera de vuelta, sano y salvo.

Muchísimos años después, cuando Pipo ya había envejecido, algunos loros del grupo decidieron ir con él a visitar el antiguo valle para ver qué había ocurrido. Descubrieron con alegría que algunas palmas habían sobrevivido y arboles nuevos comenzaban a crecer. Los animales que aún vivían allí les contaron que unos hombres buenos habían arrestado a los malos por talar ilegalmente los árboles, y que además habían repoblado el bosque.

Por último, pipo le dijo a los jóvenes que estaba muy feliz de que las nuevas generaciones fueran más respetuosas con el medio ambiente, ya que a fin de cuentas, los bosques como el de pipo son los pulmones del planeta tierra, y además, ahí no solo viven los loros orejiamarillos, sino millones de animales con muchas historias que contar.

-F I N-